

**CUENTO N° 22**

**TÍTULO: CITA EN EL CAFÉ**

**SEUDÓNIMO: MARÍA DEL MAR**

## Cita en el Café

## María del Mar

Los dos viejos caminan decididos. Manuel la lleva de la mano y Elena va mirando al piso para no tropezar. Hacía mucho tiempo que ella no iba al banco y haber sacado toda la plata de la jubilación de ese mes le provoca la misma adrenalina que haber asaltado al cajero. Aunque el dinero es suyo, sus hijos han insistido en manejarlo y le dan mesada como si fuera una niña. Por eso le gustó tanto el plan de Manuel.

Que el paseo matutino a la verdulería terminara con ella de la mano de un hombre que apenas había conocido el día anterior parecía el libreto de una ópera y a ella le gustaba ser la diva. Eso sí, hubiese preferido que en lugar del almacén de don Orlando el escenario hubiera sido el mercado de Florencia.

Se toparon casualmente eligiendo tomates. El buscaba los más rojos y como vio que no quedaban más en el cajón se los pasó a ella. “Yo ya tengo suficientes”, le dijo. Le preguntó su nombre, dónde vivía y descubrieron que eran vecinos. La invitó a tomar un café y se sentaron en una mesa en la calle, con el sol calentándoles la espalda. Manuel le contó que había sido empleado en una sastrería pero que debido a un accidente había jubilado hacía años y que añoraba su vida independiente. Era viudo con un hijo que lo vigilaba como si fuera su celador. “Es una suerte que él esté con gripe, así me deja tranquilo unos días” le dijo riendo. Ella le contó que se había separado joven, que había educado sola a sus hijos, y que ya adultos ellos la asfixiaban. Trabajó la mitad de su vida como profesora de música, impartiendo clases en el conservatorio y en colegios. Pensó que cuando jubilara empezaría a disfrutar la vida que dejó postergada, pero enfermó, nunca se recuperó bien y ahora se sentía inútil e inválida.

Se despidieron y quedaron de tomar un café al día siguiente en el mismo lugar.

Elena casi no durmió. Parecía una adolescente, dándose vueltas en la cama, esperando que la noche se rindiera de una vez al amanecer. Se levantó temprano, se puso un vestido rojo, los únicos zapatos de taco que tenía, con un resto de

rouge se pintó los labios y caminó hasta el café donde ya estaba Manuel sentado. Desde lejos vio que su espalda todavía era ancha a pesar de los hombros caídos. Tenía una frondosa cabellera gris, a diferencia de la de ella, que debía teñir todo el pelo cano.

Nuevamente hablaron de la soledad, de los sueños truncados, de sentir que la vida se iba, del lupus que aquejaba a Elena. La conversación fluyó y cuando iban a despedirse él le hizo una proposición -Elena, estas cosas no hay que pensarlas. Vámonos a las Termas de Chillán. No le avisamos a nadie y nos damos el gusto de nuestras vidas- le dijo con los ojos chispeantes.

Una fuga, pensó ella. En su mente tarareó la Fuga de Bach, las notas que corren y vienen otras que las persiguen sin nunca darle alcance, pero en esa carrera se logra una perfecta armonía. Le gustó Manuel, su determinación, la voz cálida y por unos días ella podría convertirse en una musa y él en su Apolo.

Manuel le tomó la mano y mirándola a los ojos le dijo que preparan una pequeña maleta y se encontraran en el mismo café. Le preguntó si ella tenía algo de dinero porque él andaba con poco efectivo porque su hijo también le manejaba la plata y ya no le quedaba más en la cuenta. Ella se ofreció para ir a sacar al banco el saldo de su jubilación.

A Elena el plan le sonó como una sinfonía donde lo único que desafinaba era que ella se veía mayor, pero decidió no darle tanta importancia. Se separaron en la esquina del edificio. Cuando entró al departamento le pareció más amplio y luminoso. ¿Habría espacio para compartirlo con alguien más? Eligió ropa para el fin de semana, buscó pantalones sueltos y zapatillas que le darían un aspecto más juvenil y se aseguró de poner en una caja todos los remedios. De un cajón de la cómoda sacó la chequera que guardaba hace años. Aún le quedaban varios cheques. Echó el cargador del teléfono pensando que cuando llegara a la estación llamaría a su hija para decirle que ese fin de semana no quería visitas porque iba a limpiar la casa, se iba a teñir el pelo e iba a lavar ropa.

Una hora después se encontraron en el café. A Elena le gustó la vestimenta de

Manuel entre deportiva y elegante, un sweater celeste, pantalones azules y una gruesa chaqueta con chiporro. Fueron juntos al banco. Elena ya no recordaba cómo hacer un cheque y él la ayudó. Aunque le salieron varios rechazados por la letra temblorosa, luego de varios intentos finalmente logró que le aceptaran uno. Después de recibir los billetes Elena los enrolló, les puso un elástico y los metió a la cartera. Mientras salían del banco escuchó la percusión acelerada de su corazón, el compás de latencia que le recordaba que aún estaba viva.

Caminando de la mano de Godofredo Elena se siente segura. Él detiene un taxi.

Durante el trayecto le habla a ella de la cordillera, de los volcanes nevados y del bosque de coihues en Chillán “De las piscinas con azufre sales sana, te lo aseguro”, le dice. Elena se recuesta sobre su hombro cierra los ojos y se sumerge en el agua templada.

Se bajan del auto en el Terminal Sur de buses. El bullicio marea a Elena, que fatigada se deja caer en un asiento de la sala de espera. Manuel va a comprar los pasajes, pero al volver le dice que no alcanza con lo que él tiene. Le pregunta si le puede prestar dinero y él se lo devuelve después. Le advierte que los pasajes están caros porque es fin de semana largo y que se va a demorar porque debe ir al final de la estación.

Ella abre la cartera y de forma automático le entrega el rollo con todo el dinero.

Mientras lo espera ve un afiche de las Torres del Paine y otro de un bosque del sur.

Recuerda que la última vez que viajó a algún lado fue a Iquique para la luna de miel.

Nunca más pudo darse un gusto.

Cansada por la excitación del viaje, Elena cae en un sopor. Despierta sobresaltada sin saber cuánto tiempo ha transcurrido. Pasea la vista buscando a Manuel, pero no lo encuentra. Se pone de pie y recorre las oficinas de ventas de

pasajes, escudriña en las filas, revisa en la cafetería, lo espera a la salida del baño. Desconcertada vuelve al asiento.

Después de una hora se da cuenta de que el hombre no va a volver. ¿Se habrá arrepentido o solo quería su dinero?, se pregunta. Con los ojos llenos de lágrima revisa la billetera y aliviada descubre que aún le queda algo de plata para volver a casa. Se pone de pie y camina lentamente arrastrando la maleta hasta la salida, mientras los avisos de las llegadas y salidas de buses que se emiten por los parlantes se mezclan con el bullicio de los pasajeros. Nadie parece escucharlos, menos Elena que concentrada en buscar un taxi no oye la voz en el micrófono que pide al acompañante de un hombre vestido con una chaqueta de chiporro y pantalones azules, se dirija urgente al mesón de informaciones. Tampoco ve las luces de la baliza de la ambulancia que se acerca a toda velocidad.

En el taxi Elena va mirando la cordillera. Tan cerca que estuvo, se dice. Le pregunta al taxista si conoce las termas de Chillán pero el hombre le contesta con acento venezolano que acaba de llegar al país.

-Parece que son lindas. Casi fui- susurra.

Cuando llega al departamento se deja caer en un sillón. Se le aparece el rostro de Manuel, los volcanes nevados, el bosque de coihues y ella caminando sobre la nieve abrazada a él. Vuelve a sentir el pulso acelerado, la sangre que palpita en sus sienes, el rubor que le llega a las mejillas. Sí, alcanzó a acariciar el amor y la libertad.

Se levanta, busca entre sus discos los vales de Strauss, elige los Cuentos de los Bosques de Viena y se desliza por el living moviendo suavemente los pies.